

La Fuente

Vanessa Evergreen

LA FUENTE



Vanessa Evergreen

Capítulo 1

Miro hacia arriba y resoplo por enésima vez.

Esta maldita fuente está siendo más dura de lo que pensaba.

Con la esperanza de que se me ocurra alguna idea que me ayude a encontrar y solucionar la avería, me aparto un poco de ella para tomar perspectiva.

Observo con detalle sus diez metros de altura y recorro con la mirada la piedra con la que está construida, fría, rugosa y de un color gris oscuro pulido muy parecido al del granito. Su forma triangular me recuerda a la de las pirámides egipcias que reinaron sobre la faz de la tierra hace miles de años y que desaparecieron de ella solo hace una docena de decenios.

Si ya de por sí su aspecto es excepcionalmente singular, la niebla que ha surgido a su alrededor hace más o menos una hora, le da un aire tétrico y misterioso. Hay un halo amarillento y plomizo en torno a la fuente que me da escalofríos.

Tengo que reconocer que, de todas las construcciones que he reparado, incluidas las más extrañas y excéntricas, esta es la que más me fascina.

Primero, porque sus vasos comunicantes, con una forma muy parecida a signos de "corchete" tumbados, se suspenden en el aire sin que ninguna estructura los sujete. Al principio creí que eran nanomagnéticos y una especie de imanes en miniatura les ayudaban a mantenerse así; pero en las tres horas que llevo dando vueltas a su alrededor, no he encontrado nada que reafirme mi teoría. No hay cables, ni soportes, ni minerales imantados ni nada que los una ni los sujete a algún lado.

Y segundo, porque el agua fluye de abajo a arriba. No sé cómo lo hace. No sé cómo esta fuente se ríe de la ley de la gravedad, pero lo hace. Y no llego a entender que no solo el agua corra en una dirección contra natura, sino que además lo hace de una manera constante, fluida, sin derramar ninguna gota, sin que le afecte ni la brisa ni las vibraciones de las personas que pasan cerca de ella. He tomado decenas de imágenes de cada uno de sus rincones para examinarlas más tarde en mi taller. Tiene que haber algo que explique esta locura.

Alejo de mi mente esos pensamientos, que me distraen de mi verdadera misión. Vuelvo a acercarme a la fuente y subo por mi escalera robótica hasta el último corchete, situado en lo más alto de la pirámide. Retiro la tapa donde se localiza el único mecanismo que he encontrado, compuesto por dos pequeños fusibles y un chip al que he conectado mi unidad

personal de revisión.

Intento una última orden de programación, mi último cartucho, y la tecleo con cuidado. Casi al instante, el rumor del agua se hace un poco más intenso y algo parece desperezarse dentro de la fuente.

Desconecto mi unidad, pongo la tapa en su sitio y bajo rápidamente por la escalera hasta el suelo, con la esperanza de haber encontrado la solución. Esta vez no me alejo mucho para no perderme ninguna señal que me indique que estoy más cerca de irme de aquí.

- No deberías estar en este lugar- una voz grave me sobresalta y me giro.

- ¿Perdona? - la sorpresa ha convertido mi garganta reseca en una cueva y mi voz se atasca en un graznido ronco.

El chico que me ha advertido no contesta a mi pregunta inmediatamente, lo que me da unos segundos para observarle detenidamente. Es muy alto, mucho más que yo, y tiene los hombros grandes y fuertes. Viste con ropa oscura desgastada y descolorida y una capucha le tapa los ojos.

- Que te vayas. Ahora. - El chico se da la vuelta y desaparece en la niebla.

- Pero que... - un estruendo que proviene de detrás de la fuente me impide terminar la frase. Dirijo mi mirada hacia ella y veo que justo detrás, la niebla vibra y es de un vivo color rojo oscilante.

Todo sucede muy deprisa. A ambos lados de la fuente mis ojos captan movimientos muy rápidos, figuras que corren en todas direcciones, manchas de color negro que aparecen y desaparecen en un pestañeo. Decenas de personas enfundadas en ropa oscura y descolorida comienzan a surgir de la niebla y huyen como almas perseguidas por el diablo.

Si hace unos minutos solo podía oír el débil ascenso del agua de la fuente, ahora unos ruidos atronadores llenan todos mis sentidos: pisadas, golpes, explosiones y gritos. Una sinfonía de sonidos discordantes que parecen seguir una partitura que no llego a entender.

No sé qué pasa, pero tengo que salir de aquí. Ya preguntaré después.

Corro hacia la escalera robótica y la pliego pulsando la tecla verde de mi unidad personal. Valoro llevarla hasta mi vehículo, pero el caos que hay a mi alrededor me disuade; detrás de las figuras oscuras, que ahora veo que llevan capuchas y pañuelos tapando sus rostros, son perseguidas por agentes de seguridad, cuyos cascos relucientes reflejan la niebla roja y cuyas armas de disuasión chisporrotean al golpear los cuerpos que huyen

de ellas.

Por el rabillo del ojo derecho capto un movimiento demasiado cerca de mí y giro la cabeza a tiempo de ver cómo una de esas figuras encapuchadas cae a mis pies. Es pequeña y delgada y, como no se mueve, provoca que mi instinto me obligue a agacharme para ver si sigue con vida.

Justo cuando mi mano está a punto de retirar la capucha que le cubre, su cabeza se levanta y veo cómo una melena negra, corta y lisa surge de la tela. De debajo del cuerpo aparecen dos manos de mujer que se apoyan en el suelo para tomar un impulso que le permite ponerse de cuclillas y erguirse en cuestión de dos segundos.

Cuando veo su cara, a escasos centímetros de la mía, no puedo reprimir un escalofrío.

Sus ojos, delineados por el polvo del suelo, son oscuros y almendrados y reflejan el color de la niebla. Su nariz es pequeña y redonda y la piel de su frente, por lo menos la que no cubre el flequillo recto y largo, es de color aceituna. Sin embargo, sus pómulos son un enredo de cicatrices blancas y rectas que nacen en la base de la nariz y mueren a ambos lados de su rostro. No puedo evitar pensar que un animal de garras pequeñas y largas se ha entretenido en arañar cientos de veces sus mejillas.

Pero es lo que hay debajo de su nariz lo que me horroriza, paralizándome en mi huida. Su boca está cosida con un hilo fino que brilla a la luz de las explosiones y sus labios, ensangrentados y entreabiertos en una mueca de puro agotamiento, intentan separarse un poco más para decirme algo.

Su mano derecha se aferra a mi antebrazo con una fuerza descomunal e intenta moverme del sitio en el que me encuentro, pero yo no puedo. Sé que quiere que haga algo, que me mueva, que huya, pero yo no puedo, porque no puedo dejar de mirar la placa de hierro que, con forma de corchete tumbado, se incrusta en la piel de su barbilla y rodea su boca.

Ordeno mentalmente a mis músculos hacer caso a la chica, les digo que se muevan en un intento desesperado por salir de mi estupor cuando un dolor brillante y totalmente inesperado estalla en la base de mi cráneo y se expande por el resto de mi cuerpo, debilitando mis piernas hasta que no pueden sostener mi peso.

Caigo como un plomo al suelo y lo último que puedo ver es el ascenso constante y fluido del agua de la fuente que permanece imperturbable mientras me sumo en una cálida y silenciosa nada.